

CAPITULO XI

**Remordimientos.--Dos bienaventurados.
El perdon.--Rafaela descansa al fin.**

I

Dos meses despues de estos sucesos, se hallaba una tarde Alicia Wilsson en la habitacion que habia ocupado su madre. ¿Qué hacia allí? Ni ella misma nos lo hubiera podido decir. Allí iba desde el dia siguiente de la partida de Rafaela á buscar el encanto de su recuerdo, ya que estaba privada del de su presencia.

Por una terrible intuicion, al oír el ruido del coche que se llevaba á su madre, habia conocido que la habia herido de muerte. Luego cada dia recordaba su dulzura, su carácter amoroso, tierno, y el perfume de poesia y de gracia infinita que dejaba en pos de sí y por doquiera que pasaba.

Desde la salida de Rafaela del palacio parecia

estar éste sumergido en la tristeza más profunda.

Alicia se detenía muchas veces en medio de sus suntuosas habitaciones creyendo oír el sonido del piano de su madre, ó percibir su voz melodiosa que hablaba con Mary, que era casi su única compañía. Despues recordaba la funesta escena que habia tenido lugar entre ambas la noche de la partida de Rafaela, y gruesas y ardientes lágrimas se deslizaban por sus mejillas.

No habia día en que no trajese á su memoria con íntima amargura todas las escenas de su niñez cuando iba por las tardes al cuarto de su madre con mistress Beld, y cuando despues le enseñaba á rezar en aquella retirada y solitaria iglesia de Lóndres, donde la esperaba despues de su paseo. Por eso iba á buscar á la habitacion de Rafaela los objetos que más recientemente habia tocado su madre, engañándose con la esperanza de verla volver, y deseando huir de los dulces y acusadores recuerdos de sus primeros años.

Nadie más que ella habia penetrado en el gabinete azul desde que se habia ido Rafaela á recoger la última despedida del anciano doctor. Todo estaba como ella lo habia dejado. La luz de la lámpara se habia consumido sobre el velador de sándalo. Al lado de la extinguida luz, se veía aún la tapicería, labor favorita de Rafaela, y el libro en que ésta habia leído la última noche que pasó en el palacio. La hermosa imagen de la Virgen velaba al pié del intacto lecho, sonrien-

do sobre la mesita de palisandro; y á sus piés habia dos jarrones de flores marchitas, las postre-ras que le habia efrecido Rafaela.

Alicia, en la tarde de que voy hablando, miraba todos estos objetos con un dolor seco y profundo como su corazon, pero que no era por eso ménos violento. Ora veia á su madre moribunda y llamándola con angustia. Ora la veia presa de un inmenso dolor, con su hermoso semblante desfigurado por la ira, maldecirla y llamar sobre su cabeza la justicia eterna. Durante largo rato permaneció Alicia sumergida en un profundo abatimiento: mas con la energía y rapidez de decision que la carecterizaban, se resolvió á marchar en busca de su madre, para rogarla que la perdonase y se volviese á su compañía.

Llamó á mistress Beld, y tres horas despues salian ambas de Madrid en la posta, que corria con ménos velocidad que el pensamiento de Alicia, agujoneado por una impaciencia devoradora y que jamás habia sentido.

II

Miss Wilsson y mistress Beld llegaron al venusto castillo del doctor, á la caída de una hermosa tarde de Mayo. El sol doraba los picos de las montañas de Escocia y las copas de los grandes árboles que crecen en ellas.

Al bajar Alicia del carruaje á la puerta del castillo se asemejaba á la estatua del dolor. Llevaba un traje nuevo de seda, una manteleta igual y un sombrero de crespon con velo caído delante de su rostro. Al través del tenue tejido de la blonda, se divisaba, sin embargo, la palidez de la jóven, y el brillo sombrío de sus grandes ojos.

Cuando puso los piés en aquella tierra, cubierta de yerba por el escaso tránsito de las personas que pasaban por allí; cuando vió ante sus ojos el sombrío y viejo edificio, casi ruinoso, donde se hallaba su madre, se oprimió mucho más su corazon.

A pesar de que el rumor del carruaje que conducia á las viajeras debia oirse en el interior del castillo, la puerta no se abrió ni salió persona alguna á recibirlas. Mistress Beld dió fuertes golpes con el aldabon y nadie contestó.

Volvió á llamar, y entónces se oyeron á lo léjos unos pasos tardos y pesados. Un instante despues se abrió la puerta, y una anciana apareció en el umbral.

Alicia miró á aquella mujer y se estremeció. Sus arrugadas mejillas estaban bañadas de lágrimas, y sus facciones expresaban un agudo y profundo dolor. Parecia tan embargada por su pena, que no habló á las viajeras una sola palabra. Cerró la puerta, y las condujo silenciosamente á la escalera. Era una de las dos ancianas sirvientas del castillo, y la única que quedaba, pues su

compañera había muerto hacia ya tres años. Alicia se lanzó tras ella, con el corazón prensado de angustia, y mistress Beld siguió á su joven señora.

Abrió por fin la anciana la puerta del salón, y Alicia tendió hácia el fondo una mirada ansiosa. Mas no bien sus ojos se habían fijado en las personas que le ocupaban, cuando á pesar de la fortaleza de su espíritu, palideció de una manera terrible, y tuvo que apoyarse en el marco de la puerta para no caer desmayada.

Sin embargo, aquel salón presentaba un aspecto risueño y apacible como todo el castillo, y como todas las habitaciones ocupadas por la paz y la virtud. Los últimos rayos del sol reflejaban en los cristales de las abiertas ventanas del salón, cada una de las cuales estaba entoldada de una cortina de flores y verdor.

Aquella luz dorada y suave hacia resaltar los frescos colores de la sillería de encina y tela persa de algodón de ramos blancos y azules, la limpieza del encarnado pavimento, y la de los muebles de nogal, ennegrecidos en fuerza del uso. Junto á una de las ventanas y colocados uno en frente de otro había dos sillones, y en ellos descansaban el doctor Simpson y Rafaela.

Sentado entre ambos, y en otro sillón algo más bajo, estaba un anciano sacerdote católico, que ora atendía al doctor ora á Rafaela con una solícitud evangélica y llena de dulzura. A la dere-

cha del sacerdote, y sobre una mesa cubierta de blanco, se elevaban un gran crucifijo y una Virgen de los Dolores, ante los cuales ardían dos bujías en antiguos candeleros de plata. Delante de las divinas imágenes estaba el sagrado copón, pues el doctor y Rafaela acababan de recibir los santos sacramentos de la confesion y comunión.

No había médico allí. El que moría era un sabio en la difícil ciencia de aliviar á la humanidad, y conocía que no había remedio alguno capaz de alargar su vida y la de la desgraciada que moría á su lado.

Alicia permaneció un instante con la mirada fija y extraviada. Luégo dió desatentada algunos pasos, y fué á caer á los piés del sillón de Rafaela, gritando con una angustia desgarradora:

—¡Madre mía!...

Rafaela abrió los ojos, lánguidamente cerrados. Su vida, que había ido apagándose á impulsos de una pena mortal desde la aciaga noche en que recibió tan rudo golpe de la mano de su hija, se extinguía por instantes.

—¡Alicia!... ¡Hija de mi alma!... murmuró con infinito amor, buscando con sus débiles manos la inclinada cabeza de la joven.

—¡No, no!... ¡Yo no soy tu hija! gritó la desdichada niña, cuyo pecho se rompía á impulsos de secos y terribles sollozos: ¡no me llames así, madre mía! continuó golpeando su frente contra el brazo del sillón, con una desesperación concen-

trada y sombría: ¡yo he sido tu verdugo!...

—¡Gracias por haber venido, hija mía, dijo la dulce madre acariciando los cabellos de Alicia, que habia levantado de nuevo la frente. ¡Gracias, hija mía, porque así muero feliz!... ¡No te acuses de mi muerte...no! ¡Dios me llama á su lado, y su infinita bondad me concede entrar en su reino, acompañada de mi único amigo, de mi segundo padre, de mi constante bienhechor!... ¡Oh, mi Alicia! continuó Rafaela, que en aquella última hora habia recobrado esa fuerza súbita, esa energía que casi es un patrimonio de los moribundos: ¡oh, hija mía, tu nacimiento me trajo la dicha de conocer á este hombre benéfico, pues el dia que tú veniste al mundo le ví por primera vez!... ¡Pluguiese á Dios que yo pudiese dejarle hoy á tu lado para protegerte!.....

—¡Se muere! murmuró el sacerdote como hablando consigo mismo, y levantándose apresuradamente aplicó los santos oleos á las venerables sienes del anciano.

—¡Señor, señor! exclamó este con voz dulce, segura é inspirada, volviendo sus ojos hácia el Oriente, ya bañado con las sombras de la tarde. ¡Señor, Dios de las batallas de las madres y de los niños! ¡Señor, Dios de justicia y de piedad! ¡Dios fuerte, y amoroso y blando! ¡Yo te doy gracias por la paz que en esta última hora me concedes! ¡Yo te doy gracias por haberme enviado la fuerza necesaria para domar las pasiones que

tantas veces se han desbordado en mi alma como un mar impetuoso!

¡Gracias, Dios mio! prosiguió, miétras que una gota de dulce llanto templaba el férvido resplandor de su mirada. ¡Yo te doy gracias porque ahora envías ante mis ojos todas las sombras de mis protegidos! Allí, al pié de aquel monte, está Honoria, para cuyo dote vendí mi reloj! ¡Mas allá hay una tropa de niños, para los cuales fundé una escuela gratuita! ¡Sentada al pié de aquella encina veo á la pobre anciana Verónica, cuyo haz de leña llevé sobre mi espalda en una calurosa tarde de Agosto! ¡Junto á aquella fuentecilla está el viejo Jerónimo á quien saqué de su cabaña incendiada! ¡Inmediata á él, columbro á Marta, la pobre lechera, cuya hija se ahogaba en el rio y recogí yo en mi barca!... Y allí, solo, con la frente erguida, está Claudio, mi hijo predilecto, á quien el mundo llamaba réprobo y malvado, y á quien yo pude separar de la carrera del crimen....y le hice bueno y generoso invocando el nombre de una criatura celestial.

Un débil suspiro que se escapó del pecho de Rafaela interrumpió el éxtasis del anciano, que se volvió como atraído por aquel eco triste y agonizante.

—¡Y tú tambien! prosiguió; tú tambien estás aquí, hija mía, mi buena Rafaela!..... ¡y tú me acompañarás, porque Dios ha puesto fin á tu martirio y te abre las puertas del cielo! ¡Niña! conti-

nuó con dulzura y buscando las manos de Alicia. ¡Niña á quien yo recibí en mis brazos al nacer! ¡Niña hermosa que hoy entras en la carrera de la vida, ven á mi lado para que yo te bendiga y be-se tu frente, tan blanca y tan pura todavía!

El sacerdote levantó á Alicia y la sentó en su propio sillón, acercándolo despues al del moribun-do. La jóven inclinó llorando su cabeza sobre el pecho del médico, y éste continuó:

—¡No llores así, hija mia!... ¿qué has podido tú hacer que merezca tan amargo llanto? Algo, es verdad, algo ha pasado entre tu madre y tú, pues Rafaela llegó aqui ya herida de muerte; pe-ro á tu edad pueden expiarse todas las culpas co-metidas practicando buenas obras: no cedas nun-ca al mal, hija mia; sé piadosa y compasiva: la ternura del alma es el más bello atributo de la mujer; siembra beneficios al derredor tuyo; en nuestra última hora, en esta hora terrible en que yo me hallo, todas las pompas, todas las vanida-des de la tierra desaparecen, y sólo nos queda, para dulcificarla, el recuerdo del bien que he-mos hecho!

Calló el anciano durante un instante, y luego, poniendo sus manos en la cabeza de Alicia, dijo con solemnidad:

—Dios te bendiga y te haga buena y feliz, pues no hay penas que no consuele la tranqui-lidad de la conciencia!

—Esta sortija para mi esposa, añadió volvien-

do penosamente la cabeza, y presentando al sa-cerdote una sortija de oro liso, que sacó de su dedo anular. Era la misma que habia aplicado á los labios frios de Rafaela el dia en que la en-contró desmayada junto á su ventana, y en que reanimó su alma con el calor de su palabra.

—Dile tambien, amigo mio, continuó el doc-tor dirigiéndose al sacerdote, con el cual le unian hacia muchos años los lazos de la amistad, dile tambien que allá arriba rogaré por ella, hasta que Dios la lleve á mi lado: dile que abrace, en nombre mio, á Enriqueta cuando vuelva aquí, y que le diga que su padre le alcanzará la protec-cion de Dios.

La voz del doctor sonaba lenta, pero reposada y dulce. En los últimos instantes de su vida era lo que siempre habia sido: un buen esposo, un buen padre y un hombre justo. Cuando acabó de hablar con el ministro del Señor, se volvió á Ra-faela, que debilitada por la emocion que le habia causado la vista de su hija, iba respirando cada vez con mayor dificultad.

—Te precedo bien á mi pesar, hija mia, le di-jo: ¡pronto, sin embargo, me seguirás al reino de eterna gloria donde habitan tus padres!

Calló, dichas estas palabras, cruzó las manos y se puso á orar con los ojos fijos en la imagen del Crucificado.

Su muerte era tan hermosa como su vida. En-volvíale una bata de seda de grandes pliegues, y

sus blancos cabellos, agitados por la brisa de la tarde, formaban una plateada corona en derredor de su espaciosa y elevada frente. Ni una sola contracción había desfigurado aquel semblante venerable: sus grandes ojos pardos, de dulce mirar, parecían más hermosos y apacibles en aquella hora suprema. Sus labios, finos y pálidos, se movían suavemente, y sus manos, blancas y delgadas, se cruzaban sobre su pecho en una actitud de fervorosa paz. Aquel hombre era un justo cuya alma subía al cielo, separándose del cuerpo sin esfuerzo ni lucha.

De súbito el sacerdote vió empañarse levemente la hermosa luz de los ojos del doctor; vió levantarse su pecho con una fatiga casi imperceptible, y arrodillándose exclamó á media voz:

—¡Recibe en tu seno, Dios mío, esta alma que vuela á tí!...

—¡Hasta... muy pronto... hija mía!... murmuró el anciano con un acento que se confundió con el susurro de la brisa entre las flores que daban sombra á la ventana.

Inclinó la cabeza, dió un suspiro, y su alma santa voló á la mansión de la eterna gloria.

El sol desapareció entónces de los cristales de la ventana, y fué á alumbrar de lleno el rostro venerable del doctor.

Durante algunos minutos, formó una áurea corona sobre los blancos cabellos del anciano y

alumbró su santa y dulce sonrisa y sus abiertos ojos.

El sacerdote cerró aquellos párpados suaves y transparentes, y entónces los últimos rayos del astro del día desaparecieron y fueron á iluminar los altos montes que se elevan frente al castillo.

III

Durante algun tiempo sólo se oyeron en aquel aposento los sofocados sollozos de Alicia, y las preces del sacerdote que rezaba arrodillado á los piés del cadáver. De cuando en cuando una lágrima resbalaba por la mejilla del ministro del Señor, pues había amado con entrañable cariño al amigo incomparable que acababa de arrebatárle la muerte.

Alicia había vuelto á postrarse ante el sillón de su madre. Tenía apoyada su frente sobre las manos de la moribunda, que bañaba con sus lágrimas, y ahogados sollozos se escapaban de su pecho.

—¡Oh, madre mía! exclamó despues de una larga pausa: ¡madre mía! ¡La mejor, la más tierna y santa de las madres! ¡Es posible que he de perderte!

—¡Te dejo rica, hija mía, . . . y capaz de vivir sin el apoyo. . . . que otras mujeres necesitan y que tu educación. . . . te hace inútil! . . . repuso

mistress Wilsson, cuyo semblante palidecía cada vez más: sólo te encargo una cosa, añadió con una voz que se debilitaba por instantes.

—¡Habla, habla, mamá! exclamó ansiosamente Alicia: cuanto me digas será religiosamente cumplido por mí.

—¡Sé compasiva... hija mía!... ¡No cierras nunca tus oídos á los clamores de la desgracia!... ¡Eres rica... y el único beneficio de la riqueza, es... el poder hacer la felicidad de los demás!...

Calló Rafaela.

Su hija sólo respondió con sollozos, pues su angustia le impedía hablar; pero viendo que el silencio se prolongaba demasiado, alzó la cabeza para mirar á su madre.

—¡Señor, señor! ¿no ve usted que se muere? exclamó con furia Alicia, y empujando rudamente al sacerdote que aún lloraba á los pies del cadáver del doctor. ¡Si le pagan á usted bien en esta casa, yo le haré pesar en oro, con tal de que preste á mi madre los últimos consuelos!

Estas crueles y sacrílegas palabras encendieron de santo rubor la frente del sacerdote.

—Jóven, dijo con triste y severa gravedad, usted no será nunca buena ni feliz. Quien se deja arrebatar por la ira en presencia de la muerte, mucho necesita de la misericordia de Dios.

Estas palabras secaron las últimas gotas del llanto de Alicia, pues todo lo que era fuerte ex-

citaba su soberbia, á la manera que los antiguos gladiadores romanos se exaltaban á la vista de un enemigo corpulento y fornido.

Recobró su dureza, y fijó de nuevo sus ojos en el hermoso semblante de su madre, que rogaba á Dios del mismo modo que había rogado el doctor.

—¡Adios... adios... hija mía!... murmuró tras un breve rato de silencio ¡Jenny!... ¡Mary!... ¡no las desampares jamás!... ¡Mi *secrétaire*... lo que encierra es... tuyo!... les para... ¡tí!...

Estas fueron las últimas palabras que dirigió Rafaela á su hija. Luego clavó sus ojos en el cielo, y murmuró:

—¡Claudio!...

Este nombre no llegó á los oídos de Alicia; tan débilmente fué pronunciado. Este nombre, sin embargo, encerraba una historia entera de amor y de lucha. La historia del corazón de una pobre mártir. Era un secreto encerrado seis años hacia en el alma de aquella mujer.

¡Extraños misterios de la vida humana!

Alicia vió á su madre sonreírse y mover sus labios. Hubiéramos dicho que alguna encantada vision vagaba ante su vista. Luego rezó á media voz algunas oraciones, y volviendo sus ojos hácia el Oriente, como había hecho el doctor, apareció en su semblante una inefable expresión de ventura.

—¡Claudio! volvió á murmurar.

—Sube al cielo, alma santa! dijo el sacerdote extendiendo sus manos sobre la cabeza de Rafaela.

Esta se incorporó de repente: tomó con fuerza las manos de su hija, las estrechó contra su seno, desplomóse de nuevo sobre el respaldo del sillón, y espiró.....

La luna apareció en aquel instante por detrás del monte, é iluminó con sus primeros rayos el blanco y dulce rostro de Rafaela.

Dios quiso alumbrar de una manera digna la agonía de aquellos dos bienaventurados. El resplandiente sol, emblema de la sabiduría, iluminó la entrada en el cielo del alma triunfante del doctor Simpson. La blanca luna acompañó á las regiones etéreas el alma angelical y sencilla de Rafaela.....

IV

El carácter, los instintos, y más que todo el corazón, es lo que imprime el sello de la edad. Rafaela había muerto pura, cándida, jóven, porque aquella ideal mujer no podía envejecer. Su hija, revestida de la gravedad de una anciana, se ocupó por sí misma de todos los preliminares del

entierro de su madre. De su madre á quien ella había dado el golpe mortal.

El cuerpo, embalsamado, fué trasportado á Londres, y Alicia le siguió; sin cuidarse siquiera de enviar un recado de atención á mistress Simpson, que yacía paralítica, y que, encerrada en su cuarto, apénas sabia nada de lo que pasaba en la casa. ¡Qué significaba, en efecto, aquella pobre vieja para la orgullosa y soberbia miss Alicia Wilsson?

Los funerales de Rafaela se celebraron en Londres con una magnificencia asombrosa. No tiene la iglesia una pompa mayor que la que se empleó para aquella desdichada mártir, que tan oscura y silenciosa había pasado su vida. Muchas personas que oían decir que la difunta era la esposa de mister Wilsson, el rico banquero que durante tanto tiempo había vivido en Londres, hasta ignoraban que aquel había estado casado.

Alicia volvió á Madrid el día despues de las exequias de su madre, acompañada de mistress Beld y de Mary. Esta se había hecho una linda jóven, y en su semblante se leía una aficción mucho más viva y profunda por la muerte de su bienhechora que la que se pintaba en el de la hija de ésta.

Alicia no lloraba. En los caracteres helados y egoistas el dolor es de poca duracion, y léjos de servir para ablandar el alma, sólo sirve para endurecerla más y más.

Miss Wilsson, que cuando la rodeaba el dulce encanto que su madre esparcía en torno suyo era impasible, se volvió cruel despues que la dejó sepultada. Herida su alma por el remordimiento, le pareció que sólo aturdiéndose podria acallarle, y llevaba la firme intencion de arrojarle de lleno en medio de un mundo, que siempre la acogia con aplausos y dilaciones.

Cuando la primera falta mancha la conciencia, Satanás pone una venda en los ojos del culpable para que corra á su perdicion.

CAPITULO XII

Las dos amigas.--Felicidad doméstica.

I

Tres años tenemos que dejar pasar, lectoras mías, para hallar de nuevo á Consuelo y á Alicia. Ni una ni otra han variado en este tiempo, ni era tampoco posible que esto aconteciese. La educacion de entrambas respondia del presente y del porvenir de cada una de las dos amigas.

Consuelo, instruida en sus primeros años por la excelente aya que su padre, en medio de los extravíos de su vida, tuvo la prudencia de buscarle, y despues, teniendo por modelo á la buena y dulce Rafaela, á quien amaba con la mayor ternura, era lo que forzosamente debia ser, formada por aquellas dos intachables mujeres. Alicia, da por aquellas dos intachables mujeres. Alicia, viviendo siempre á su capricho, sin rienda ni sujecion alguna, y pervertida por las venenosas